

Los placeres sencillos

Jane Bowles



Viviana Serna, *Azulsalado* de la serie “Quisiera que mi casa nadara en rosas”, 2012, tinta, acuarela, acrílico y transfer sobre MDF, 20.3 cm

Alva Perry era una mujer seria y reservada de ascendencia escocesa y española; tenía poco más de cuarenta años. Aún era guapa, pese a tener las mejillas demacradas. En particular, sus ojos eran de una belleza y claridad extraordinarias. Vivía en casa de su tío, que se había dividido

en apartamentos, o en cuartos de alquiler, como seguían denominándose en aquella parte de la región. La casa se elevaba en la empinada ladera de la colina boscosa que daba a la carretera general. Una larga escalera de cemento ascendía hasta la mitad de la loma, terminando poco antes de llegar a la casa. En

un principio, conducía a una central eléctrica, destruida tiempo atrás. La señora Perry había vivido sola en su cuarto desde la muerte de su marido, ocurrida once años antes; sin embargo, encontraba pequeños quehaceres para estar ocupada durante todo el día, y en cierto modo seguía siendo tan hacendosa en su soledad como un ama de casa entregada a su familia.

John Drake, una persona igualmente reservada, ocupaba el cuarto debajo del suyo. Era dueño de su camión y trabajaba por su cuenta para compañías madereras, así como repartiendo cántaros de leche para una vaquería.

En todos los años que habían vivido en la casa de la ladera, el señor Drake y la señora Perry solo se habían dirigido saludos de lo más escuetos. Una noche, el señor Drake oyó desde el vestíbulo los sonoros pasos de la señora Perry que, de manera inconsciente, había aprendido a reconocer. Alzó la vista y la vio bajar las escaleras. Llevaba un abrigo marrón que había pertenecido a su difunto esposo y apretaba una bolsa de papel contra el pecho. El señor Drake se ofreció a ayudarla con la bolsa y ella titubeó, indecisa, en el descansillo.

—Sólo son patatas —le explicó—, pero se lo agradezco mucho. Voy a asarlas afuera,

en la parte de atrás. Hace tiempo que tenía intención de hacerlo.

El señor Drake cogió las patatas y, con paso envarado, cruzó la puerta trasera y bajó la cuesta hasta llegar a un pequeño terreno raso que hacía las veces de patio en la parte posterior de la casa. Una vez allí, dejó la bolsa de papel en el suelo. Cerca del porche salía humo de un incinerador de basura grande y nuevo, y en el centro del patio había una pocilga con techo y una valla de ladrillos claros construida por el tío de la señora Perry.

La señora Perry siguió al señor Drake, le dio las gracias y empezó a recoger ramitas con movimientos rápidos entre la linde de los árboles y la pocilga, cerca de la cual iba a preparar la fogata. El señor Drake, sin decir una palabra, la ayudó a recoger leña, de modo que cuando el fuego estuvo dispuesto, la señora Perry lo invitó lógicamente a que se quedara con ella a compartir las patatas. El aceptó, y se sentaron delante del fuego en una caja puesta del revés.

El señor Drake mantenía la cara retirada de las llamas y vuelta en dirección a los árboles, con la esperanza de ocultar en lo posible sus mejillas encendidas a la señora Perry. Era una persona muy tímida, y aunque su piel siempre estaba colorada por naturaleza, cuando se

encontraba en presencia de una mujer desconocida, se volvía de un rojo tan vivo, que el cambio se advertía con claridad. La señora Perry se extrañaba de que no dejase de volver la cabeza, pero consideraba que no lo conocía lo suficiente para preguntarle. Esperó en vano a que hablara y luego, al comprender que no lo haría, pensó en decir algo.

—¿Le gustan los placeres sencillos, corrientes? —le preguntó al fin, en tono grave. El señor Drake sintió un gran alivio de que ella hubiese hablado, y su rubor cedió.

—Sería mejor que me diera una idea más clara de lo que entiende usted por placeres sencillos, y entonces yo le diría lo que me parecen —respondió solemnemente, haciendo una pausa cada pocas palabras, porque era tan concienzudo como tímido.

—Placeres sencillos —empezó a explicar la señora Perry tras dudar un poco—, como los que se obtienen sin estar entre mucha gente o con comidas historiadas. —Se estrujó el cerebro buscando más ejemplos—. Placeres sencillos como estas patatas asadas, en vez de bailes, whisky y orquestas... Como una merienda campestre, pero no de esas con mil cosas superfluas que acaban tirándose a una zanja porque no se comen. He visto tirar tartas a personas mayores porque sentían demasiada pereza para envolverlas y llevárselas otra vez a casa. ¿Ha visto usted esas cosas?

—No, creo que no —repuso el señor Drake.

—Se desperdician muchas cosas —observó la señora Perry.

—Pues a mí me gustan los placeres sencillos —dijo el señor Drake, deseoso de que su interlocutora no perdiera el hilo de la conversación.

—¿No cree que los placeres sencillos están más cerca del corazón de Dios? —preguntó ella.

El señor Drake se sintió un poco cohibido ante el hecho de que ella mencionara algo tan solemne e íntimo al cabo de un rato tan breve, y no se decidió a contestarle. La señora Perry, que de ordinario era muy callada, sintió que un torrente de palabras se le agolpaba en la garganta.

—Mi hermana, Dorothy Álvarez —empezó sin más preámbulos—, acude a todas las fiestas de la ciudad. Me invita a ir de jarana con ella, pero yo no quiero acompañarla. Es la más alegre de su grupo y está separada de su marido. La llevan a todas partes. Si quiere, puede cenar todas las noches en el restaurante. Le entusiasma el pescado frito y toda clase de cosas. A mí no me importa lo que como, si no son patatas asadas como éstas. No tenemos más que una vida verdadera, la que empieza en la cuna y termina en la sepultura. Cada vez que la veo, advierto a Dorothy que si no tiene

cuidado, acabará dejándose la vida, apagada y enferma, en la cuneta, y tendrá que irse a la tumba sin ella. Cuanto más se persigue el arco iris, más trabajo cuesta volver a la vida que se abandonó, muerta de hambre como un perro viejo. A veces, cuando se envejece, se tiene una revelación y se siente un ansia tremenda de volver a la vida que se dejó atrás, pero con frecuencia no se puede volver. Siempre es mejor no apartarse del camino. Yo le digo a Dorothy que la vida no es un árbol que echa un millón de brotes diferentes. —Durante un momento meditó sus palabras en silencio y luego continuó—: Tiene una hucha en la que mete monedas de uno y cinco céntimos cuando cree que sale demasiado, y gasta ese dinero en comprar velas para la iglesia. Pero eso es todo lo que hace por su alma, lo que no es suficiente para una mujer madura.

El señor Drake tenía el rostro en tensión porque intentaba con todas sus fuerzas seguir atentamente lo que ella decía, pero temía tanto que revelara algún secreto íntimo de su hermana y lo lamentase después, que apenas podía pensar en otra cosa. Estaba enteramente dispuesto a interrumpirla si iba demasiado lejos.

Las patatas ya estaban hechas y la señora Perry le ofreció dos:

—¿Quiere unas patatas?

El viento era ahora más fresco que cuando se sentaron, y soplaba en torno a la pocilga.

—¿Qué le parecen estas noches de viento frío que tenemos? ¿Le molestan? —preguntó la señora Perry.

—Desde luego que sí —afirmó John Drake.

Ella observó atentamente su rostro.

“Está rojo como una cereza”, dijo para sí.

—Tal vez preferiría vivir en un clima cálido —manifestó muy despacio el señor Drake, con expresión soñadora—, si es que me gustaran los cambios innecesarios. Las idas y venidas, quiero decir.

Se ruborizó, porque entraba en un tema muy de su agrado.

—Sí, sí, sí —dijo la señora Perry—. No es bueno cambiar mucho de sitio.

—Cuando era más joven tuve la oportunidad de ir al sur, a Florida —prosiguió él—. Me ofrecieron formar parte de una granja de cocodrilos, pero la empresa no presentaba garantías. Probablemente no habría tenido éxito; el riesgo no me preocupaba mucho, porque siempre había ansiado ver palmeras, cocos y esas cosas. Pero también pensaba que un hombre debe tener una buena razón para irse a vivir a otra parte. Creo que eso fue lo que al fin me impidió ir a Florida a criar

cocodrilos. No se trataba de dinero, porque en principio no me lo pedían. Solo que entonces pensaba lo mismo que ahora, que si alguien deja su casa debe hacerlo por una buena razón; como los chicos que fueron a construir el Canal de Panamá, o por cualquier otro motivo respetable. De otro modo, creo que debería quedarse en su ciudad natal, para que nadie pudiera decir de él: “¿Qué piensa que puede hacer aquí que nosotros no podamos?”. Al menos eso es lo que me figuro que diría la gente de una ciudad extraña acerca de un hombre como yo que fuera para allá al albur de un negocio arriesgado como única excusa para dejar su casa. Mi hermano no piensa de la misma manera. Nunca se queda más de tres meses en un sitio.

Comió la patata con expresión afligida mientras meneaba la cabeza de un lado para otro.

La señora Perry pensaba en otra cosa, de manera que se sorprendió mucho cuando John Drake se puso en pie de pronto y le tendió la mano.

—Me marcho —dijo—, pero a cambio de las patatas, ¿le gustaría cenar conmigo en un restaurante mañana por la noche?

Hacía muchos años que no le habían hecho una invitación de ese tipo, pues se había

apartado deliberadamente de la vida de la ciudad, y no sabía qué responderle.

—¿Cree que debería hacer algo así? —preguntó.

El señor Drake le aseguró que debía hacerlo, y ella aceptó su invitación.

A la tarde siguiente, la señora Perry esperó el autobús al pie del pequeño puente de cemento que había debajo de la casa. Necesitaba la ayuda y el consejo de su hermana a propósito de un vestido de color espliego que ya no le sentaba bien. Nunca había sabido coser, e ignoraba cómo arreglar prendas femeninas. Tenía intención de ponerse el vestido para ir al restaurante donde estaba citada con John Drake, y lo llevaba doblado bajo el brazo.

Dorothy Álvarez ocupaba la mitad de una casa para dos familias en un callejón. Estaba sentada en el cuarto de estar hablando con un invitado cuando la señora Perry llamó al timbre. El salón estaba immaculado, pero descansar en él parecía difícil a causa de los muchos dibujos, brillantes y complicados, de las cortinas y las fundas de los muebles, y no menos inquietante resultaba el dibujo de un enorme jarrón negro y naranja que se repetía una docena de veces sobre el linóleo que cubría el suelo.

Dorothy retiró la cortina y atisbó a ver quién llamaba al timbre. Era una mujer de corta estatura, pelo rizado y mejillas gordas y desiguales, empolvadas de vivo color rosa.

Se sorprendió mucho al ver a su hermana, pues no esperaba verla hasta la semana siguiente.

—¡Vaya! —exclamó Dorothy.

—¿Quién es? —preguntó su invitado.

—Es mi hermana. Será mejor que te vayas, porque debe tener algo serio que decirme. Es preferible que salgas por la puerta de atrás. No le gusta tropezarse con extraños.

El hombre se sintió humillado y se marchó sin despedirse de Dorothy, que corrió hacia la puerta y abrió a la señora Perry.

—Siéntate —dijo, conduciéndola al cuarto de estar—. Siéntate y cuéntame qué hay de nuevo.

Echó unos caramelos de una bolsa de papel a una fuente de cristal.

—Quiero que me arregles este vestido o me ayudes a hacerlo —dijo la señora Perry—. Lo necesito para esta noche. He quedado con el señor Drake, mi vecino, en ese restaurante de más abajo, así que pensé que podía vestirme en tu casa y marcharme desde aquí. Si es que me lo arreglas. Te pagaré.

Dorothy hizo una mueca.

—¿Por qué dices que vas a pagarme si soy tu hermana?

La señora Perry la miró en silencio. No respondió. No sabía por qué lo había dicho. Dorothy le probó el vestido y le puso alfileres aquí y allá.

—Me alegro de que vayas a salir por fin —dijo—. ¿Quieres un collar?

—Si te sobra alguno.

—Bueno, espero que sea el hombre que te conviene —dijo Dorothy, con su habitual falta de tacto—. Daría cualquier cosa por que te enamoraras, para que dejaras esa casa tan fea y vinieras a vivir a alguna calle cercana. Piensa lo diferente que sería todo para mí. Y tú estarías más contenta si tuvieses un marido a quien quisieras. No como el último... Supongo que nunca dejaré de soñar y esperar —sonrió nerviosamente porque se dio cuenta, aunque demasiado tarde, como siempre, de que a su hermana no le gustaba hablar de tales asuntos. Y prosiguió, débilmente—: No creas que yo me siento siempre muy feliz aquí. No soy tan seria ni reservada como tú, claro está...

—No sé de qué me hablas —dijo Alva Perry, removiéndose impaciente—. Voy a salir a cenar.

—Ojalá te tuviera más cerca —se quejó Dorothy—. Algunas noches me pongo triste en este cuarto de estar.

—No creo que te pongas muy triste — observó brevemente la señora Perry.

—Bueno, ya que vas a salir, ¿por qué no te animas un poco?

—Estoy animada —replicó la señora Perry.

La señora Perry cerró tras ella la puerta del restaurante y recorrió toda la estancia, atisbando en cada reservado en busca de su acompañante. Por lo visto, no había llegado todavía; de manera que eligió un cubículo vacío y se sentó en el banco de madera. Al cabo de quince minutos pensó que no acudiría y, reprimiendo el gran dolor que aquello le causaba, centró toda su atención en el menú y logró apartar de su mente al señor Drake. Mientras leía la carta, se desabrochó el collar de cuentas y lo guardó en el bolso.

Llamó a la camarera y le pidió chuletas de cerdo; entonces llegó el señor Drake. La saludó con una sonrisa tímida.

—Ya veo que está pidiendo la cena — dijo, acomodándose en su sitio del reservado.

Contempló admirado su vestido color de espliego, que mostraba su pálido pecho. Habría preferido que hubiese ido con la cabeza descubierta, porque le encantaba el cabello de las mujeres. Llevaba un sombrero desgarrado, de fieltro negro, que siempre se ponía en

cualquier clase de tiempo. El señor Drake recordó con intenso placer la patata asada delante del fuego, y sintió mucha más emoción de lo que había imaginado al volver a ver a la señora Perry.

Lamentablemente, la mujer no parecía impulsada a comunicarse con él, y al cabo de muy poco tiempo el camionero guardó silencio. Durante la primera parte de la cena, comieron sin decirse nada. El señor Drake había pedido una botella de vino dulce, y cuando la señora Perry terminó el segundo vaso, rompió a hablar.

—Me parece que en los restaurantes le engañan a uno.

A John Drake le gustó que hubiera hecho algún comentario, aunque fuese poco cortés.

—Se pagan precios altos por raciones pequeñas solo para estar entre la gente — manifestó, muy para su sorpresa, porque siempre se había considerado un lobo solitario y su comportamiento nunca había desmentido esa idea. Notó esa misma cualidad en la señora Perry, pero se sintió impulsado por un extraño deseo de perderse con ella entre la multitud.

—Bueno, ¿no cree que tengo razón? — preguntó vacilante. En su rostro surgió una sonrisa curiosa y dislocada; mantenía la cabeza en una posición ridículamente erecta que revelaba su tensión nerviosa.



Pablo López, *Sin título*, 2012, grabado 2/7, 25 x 17,5 cm

La señora Perry rebañó el plato con un trozo de pan. Como no tenía costumbre de beber más que una vez cada varios años, el vino se le subía rápidamente a la cabeza.

—¿A qué hora pasa el autobús por aquí? —preguntó con una voz que ya era notablemente alta.

—Si realmente quiere saberlo, me puedo enterar. ¿Hay alguna razón por la que quiera saberlo en este momento?

—Tengo que irme a una hora conveniente para levantarme mañana temprano.

—Pues no faltaba más, cuando quiera marcharse la llevaré a casa en el camión, pero confío en que no quiera irse todavía.

Se inclinó hacia adelante y estudió inquieto el rostro de la mujer.

—Tengo que ir a casa de todos modos —le contestó con displicencia—, y lo mismo da ahora que luego.

—Pues no, no da lo mismo —replicó él profundamente afectado, porque ya no había duda de que su actitud era claramente hostil.

Consideró que debía mantenerla a su lado a toda costa y ganarse su simpatía. El vino contribuía a aquella agresividad repentina, porque normalmente no entraba en su carácter el hacer esfuerzo alguno para conseguir lo que pretendía. Y empezó a hablarle con rapidez y energía.

—Quiero pasar con usted una velada divertida, e incluso toda una semana —dijo, removiéndose nervioso en el banco—. Sé dónde están todos los bailes y restaurantes de carretera de todo el condado. Soy dueño de mi propio camión y nadie puede impedirme que haga fiesta cuando quiera. Hace mucho que no tengo vacaciones; desde que me las daban en verano cuando iba al colegio. Nunca he estado mucho tiempo en ninguno de esos locales de carretera, pero conozco a los propietarios, a casi todos, porque he vivido aquí toda la vida.

Hay un salón de baile que está construido sobre un lago. Conozco al dueño. Si vamos allí podríamos pasear por la orilla, si le apetece a usted.

Tenía la cara de un rojo más vivo que nunca, y parecía momentáneamente desprovisto de las maneras reservadas y cautas que lo habían caracterizado la noche anterior. Algún rasgo del carácter de la señora Perry, que al principio sólo había percibido débilmente, resonaba ahora en su interior como un campanazo a causa de la ira que le demostraba, y cayó en un estado de ánimo apagado y vacilante. A cada momento crecía su ansia de escuchar una palabra amable de sus labios.

La señora Perry siguió bebiendo vino cada vez más deprisa y su resentimiento aumentaba con cada copa.

—Yo también conozco a todos los propietarios de salones de baile del condado —dijo ella—. Mi hermana, Dororhy Álvarez, los invita a tomar una cerveza en su casa cuando están de vacaciones. No tengo necesidad de conocer a nadie ni de ver sitios nuevos. Y hasta conozco desde hace mucho este local en que estamos comiendo. Aquí cené varias veces con mi marido. —Miró alrededor y, señalando con su largo brazo al

dueño, que acababa de salir de la cocina, añadió—: Me acuerdo de él.

—¿Qué tal está usted, después de tantos años? —le gritó.

El señor Drake no sabía qué hacer. No se había dado cuenta de que la señora Perry se había ido emborrachando hasta llegar a ese punto. En circunstancias normales, se habría sentido cohibido y quizá la hubiera sacado enseguida del restaurante, pero pensó que borracha sería más accesible, y eso era lo único que le importaba.

—La acompañaré hasta que usted quiera —dijo.

Sus palabras revolotearon por la mente de la señora Perry.

—Pero ¿qué intenta conseguir? —le preguntó, recostándose pesadamente contra el banco.

—Nada deshonesto —contestó él—. Al contrario, algo sumamente honesto, si acepta usted.

El señor Drake estaba tan aturdido que no sabía exactamente lo que decía, pero la señora Perry tomó sus palabras como una proposición de matrimonio, que, inconscientemente, era lo que él esperaba. La señora Perry consideró incluso aquel atractivo ofrecimiento a través del velo de su resentimiento.

Viviana Serna, de la serie “Quisiera que mi casa nadara en rosas”, 2012, tinta, acuarela, acrílico y transfer sobre MDF, 30 x 30 cm



—Me figuro —dijo, sonriendo sin alegría— que a usted le gustaría tener una mujer que le hiciera puré de patatas tres veces al día. Pero yo no hago puré de patatas y jamás lo he hecho. Prefiero —añadió, alzando la voz—, prefiero que sea él quien me haga puré de patatas en la cocina grande de un restaurante.

Señaló con la cabeza hacia el dueño, que se habla quedado delante de la puerta de la cocina para poder observar a la señora Perry. Esta vez sonrió y guiñó un ojo.

La señora Perry rebuscó entre las cosas de su bolso para coger un pañuelo y, al tocar el collar de su hermana, lo sacó y lo dejó en el plato.

—Yo no hago puré de patatas — repitió, y sin previo aviso salió del reservado y

avanzó torpemente por el pasillo. Desapareció por una escalera de color marrón oscuro que había al fondo del restaurante. El señor Drake y el dueño supusieron que iba al servicio de señoras.

En realidad, la señora Perry no buscaba concretamente el servicio, sino cualquier lugar donde pudiera estar sola. Recorrió el pasillo de arriba y abrió de golpe una puerta a su izquierda, entró y la cerró. Durante un momento permaneció en una oscuridad total, y luego, al sentir que una cadena le rozaba la frente, tiró de ella con brusquedad y la habitación se iluminó con la luz de una bombilla que colgaba del techo y que casi arrancó junto con el cable.

Se encontraba a los pies de una cama de matrimonio con un alto dosel victoriano. Echó

una mirada a la habitación, y al ver una ventana pequeña, se acercó y la abrió asegurándola con un palo corto; luego se sentó junto a ella en una silla.

—Esto es perfecto —dijo en voz alta lanzando una mirada colérica a la habitación pequeña y fea—. No hay duda de que es un regalo de Dios.

Entrelazó las manos, apretándolas hasta que los nudillos se le pusieron blancos.

—¡Ah, cómo me gusta estar aquí!
¡Cómo me gusta! ¡Cómo me gusta!

Sacó un brazo por el marco de la ventana con un gesto de abandono, pero no se había dado cuenta de que caía una lluvia abundante que enseguida le empapó la manga del vestido.

—¡Válgame Dios! —exclamó, sonriendo—. Si está lloviendo aquí. ¡Los que están cenando no se mojan, pero yo sí y me gusta!

Sonrió a la lluvia con expresión benevolente. Se quedó sentada, medio despierta y medio dormida, y luego empezó a sentir poco a poco la creciente certidumbre de que podía llegar a su propia habitación desde donde estaba sentada sin volver siquiera al restaurante.

—Toda mi vida he mantenido el camino abierto —murmuró con voz pastosa— para poder volver.

Unos momentos después dijo:

—Estoy aquí sentada.

Una malévola expresión de triunfo transformó su rostro mientras hacía un leve esfuerzo para enderezar la espalda. Durante largo rato permaneció encerrada en la fortaleza de tal fantasía, que fue desvaneciéndose poco a poco hasta llegar a disolverse. Cuando retiró de la lluvia su brazo, frío y tembloroso, caían torrentes de lágrimas por sus mejillas. Sin dejar de llorar trepó a la enorme cama de matrimonio y se quedó dormida boca abajo con el sombrero puesto.

Mientras, el dueño había subido en silencio las escaleras con la esperanza de tropezarse con ella cuando saliera del servicio de señoras. Se había sentido halagado por sus atenciones y pensaba que en su actual estado de embriaguez sería fácil robarle un beso y tal vez algo más. Cuando vio el rayo de luz que salía por debajo de la puerta de su alcoba, se pasó la lengua por el labio inferior y sonrió. Luego bajó de puntillas las escaleras, tramando por el camino lo que iba a decirle al señor Drake.

Todo el mundo se había ido del restaurante y, cuando el dueño llegó al final de la escalera, el señor Drake se paseaba arriba y abajo por el pasillo.

—Estoy preocupado por mi amiga — dijo el señor Drake, apresurándose hacia él—. Temo que se haya dormido en el lavabo.

—Lo cierto es —contestó el dueño— que se ha quedado dormida en una habitación desocupada del piso de arriba. No se preocupe. Mi hija se ocupará de ella si se despierta y no se encuentra bien. Yo conocía a su marido. Ahora no puede hacer nada por ella.

Se metió las manos en los bolsillos y miró gravemente a los ojos al señor Drake.

Éste, al no sentirse a la altura de una situación tan delicada, pagó la cuenta y se marchó. Ya en la calle, subió a su camión recién pintado de rojo y se quedó sentado, escuchando la lluvia con aire desolado.

A la mañana siguiente la señora Perry se despertó poco después de amanecer. Gracias a su excelente constitución no se encontraba muy mal, pero se quedó en la cama sin moverse durante largo rato, mirando a las paredes. Poco a poco recordó que la habitación donde estaba acostada quedaba encima del restaurante, pero no sabía cómo había llegado hasta allí. Se acordaba de haber cenado con el señor Drake, pero no mucho de lo que le había dicho. No se le ocurrió echarle la culpa de su estado actual. No se puso histérica al encontrarse en una cama extraña

porque, aun cuando era una mujer hipertensa y nerviosa, poseía una gran capacidad emotiva y solo algunas cosas le afectaban directamente.

Se sentía muy feliz y pensó en su tío, que quince años atrás se había emborrachado en un congreso hasta perder el sentido. Se había paseado por la ciudad durante toda la mañana sin saber dónde estaba. Sonrió.

Tras descansar un poco más, se levantó y se vistió. Fue al pasillo, encontró la escalera y bajó conteniendo el aliento mientras el corazón le latía deprisa, porque estaba deseosa de bajar al restaurante.

La luz del sol entraba a raudales y aún olía a carne y salsa. Con pasos poco seguros avanzó por el pasillo entre las filas de reservados de madera. Las mesas no tenían manteles y estaban fregadas. Miró ansiosamente de una a otra, esperando encontrar el reservado en que se había sentado, pero fue incapaz de decidirse por ninguno. Todas las mesas eran idénticas. Al cabo de un momento, aquel anonimato sólo sirvió para acrecentar su ternura.

—John Drake —susurró—. Mi dulce John Drake.

Jane Bowles nació en Nueva York, Estados Unidos, en 1917 y murió en Málaga, España, en 1973. El texto aquí publicado hace parte del volumen *Dos damas muy serias & Placeres sencillos*, Barcelona, Anagrama, 2010, pp. 259-275.